

CRÓNICA

UN TESTIMONIO DE VIDA EREMÍTICA

Tomé un sendero al borde de una quebrada que conducía a la sima del cerro. El sol hacía poco rato que había aparecido en la cordillera y alumbraba a veces mi camino. A medida que subía dejaba atrás los ruidos de la civilización y sólo oía el canto de los pájaros y el latido de mi corazón cuando me detenía. Había bosques naturales, rocas y a veces algunos álamos que indicaban una fuente de agua. Mientras subía me decía ojalá lo encuentre en su ermita antes de que haya salido a trabajar en los cercos. Al llegar a la cumbre divisó a lo lejos, cuesta abajo, una casita. Estaba construida en un paisaje ondulado, poblado de espinos, completamente solitario y silencioso. De pronto oí el ladrido de un perro. Me dije: "Ojalá no me muerda el perro del ermitaño". Pero en ese momento se oyó un grito humano que lo hacía callar. Se trataba de un arriero autóctono, por el modo de hablar, que conducía unos animales. Pero en ese instante, descubrí otra casa, lejos también. Me quedé en la duda sobre cuál sería la ermita; pero enseguida me dirigí hacia la primera que había visto. Al llegar allá comprendí que ésa era la que buscaba. Estaba cerrada con candado, una cruz pequeña en el techo, pintada de verde, una chimenea, había olor a humo reciente, una casita cuadrada muy chica, un poco de leña seca junto a la puerta: eso era todo. Después de un rato, me fui a la otra casa que había visto, que estaba al frente a unos 800 metros, y de donde oía voces, seguramente de unos arrieros. ¿Qué pensaban ellos, que vivían como ermitaños poco menos, acerca de su vecino profesional? Esto quería preguntarlo. Cuando llegué me ladró un perro. Había dos hombres aparejando unas mulas; uno herraba a una de ellas. Saludé y me presenté. Hablamos del trabajo de ellos: vendían leña en el pueblo: seis horas de viaje cada día ida y vuelta. La venta de leña no estaba muy buena porque no hacía frío todavía y la gente no compraba mucho. Lo que ganaban apenas les alcanzaba para vivir, más aún con la carestía de las cosas actualmente. "¿Hace tiempo que viven aquí?", les pregunté. "Unos cinco años. Llegamos tres años antes que el padre que vive allá. Y nos gusta vivir aquí". "¿Ustedes son ermitaños también?" les dije. Pero no respondieron "¿Y qué les parece la vida del padre?". "¿Es su gusto!" -me contestó inmediatamente uno-. "Él mismo se hizo su ruca y trabaja haciendo cercos; hizo una pirca de piedra muy larga que sube hasta allá en el cerro. Como el dueño del otro fundo no quiere hacer la división, él la hizo. ¡Harto trabajo!". Le dije que la sequía parecía castigo de Dios "¡Claro!, -me respondió-, ¡Si ahora la gente no cree en nada! El padre debe estar por ahí haciendo cercos; tal vez llega luego a su ruca. Si quiere, sigue por este camino y lo va a encontrar luego, si no, espera en su ruca. Ayer lo vi con un palo al hombro y hoy vi sus pisadas frescas cerca de la fuente de agua. Ojalá no se seque el agua con esta sequía" -añadió. Al despedirme les pregunté el nombre. "¡Ah!" -me contestó. "¿Y Ud.?" -pregunté al otro. Pero el primero me dijo: "Es mi hermano, P.A." En seguida me preguntó: "¿Ud. conoce al jugador P.A., del primer equipo de la U? ¡Es su hijo!" -terminó diciendo con cierto orgullo. Comencé entonces a buscar al Padre. Ni señales. Hasta perdí el lugar de su ermita. De lejos se oyó el ruido de un avión. Encima de un poste vi restos de carne fresca y una cantidad de plumas en el suelo: tal vez un pájaro de presa había apagado el hambre de la noche anterior hacía unos momentos. Gran silencio y soledad. Finalmente divisé la ermita. Me fui allá y me senté a esperar. Era cerca del mediodía. Desde la cordillera estaban avanzando unas nubes que podrían ser la primera lluvia de este año. La tierra estaba partida por la sequía en algunas partes.

Más o menos a las doce del día, sentí ruido detrás de mí; como que abrían una puerta. Me di vuelta y vi al hombre que buscaba, flaco y alto como con una actitud de serenidad e ingenuidad que irradiaba su persona. Vestía camisa y pantalón azules; en su cara una patilla blanca de varios días. Me miró con curiosidad. Dejó en el suelo unas herramientas que traía. Lo saludé y me identifiqué. Me invitó a pasar a su ermita y me ofreció almuerzo. "¡Tengo arroz! ¿quiere?"

La otra comida tardaría unas dos horas, -dijo- mostrándome unos porotos que sacó de un paquete. “Tengo buen estómago y puedo comer cualquier cosa”, -respondí. “Haré arroz entonces”-concluyó. Con gestos alargados comenzó a moverse y buscar lo que necesitaba para la comida. De una roca que formaba parte del interior de la ermita, sacó una tapa que cubría una hendidura de la misma roca y que servía para guardar cosas de comer. “Yo gasto ocho dólares al mes” -me dijo, comenzando a sacar cosas del hueco de la roca. “Una manzana para cada uno” -dijo en voz alta. “¡Pan!, este pan debe tener más de una semana, porque yo lo traje del monasterio el Domingo pasado y quién sabe cuándo lo compraron en el monasterio”. (Mi visita al ermitaño tuvo lugar un viernes). “Pero, si quiere, lo tostaremos; así queda mejor”. “Bueno” -respondí. Olvidaba decir que la parte alta de la roca servía de altar. Sacó también aceite y pimienta. Yo, para mis adentros, mientras tomaba nota -a él le había dicho antes para qué lo hacía- pensaba que no estaba tan mal provisionado; no había en abundancia, pero había al menos lo indispensable; era señal, me parecía, de que este ermitaño no odiaba su propia vida sino que con toda sencillez la ponía al servicio de Dios en la soledad. Hizo fuego, siempre con sus movimientos largos. Agua de un chuico a una olla, el arroz, los demás ingredientes. Todo lo preparó tranquilamente. Después puso a calentar agua en un tarro para el té. “Aquí hay dos bolsitas de té” -dijo, poniéndolas en una mesita que había sobre su cama de madera. Sacó otra tapa y aparecieron los cubiertos. En la mesa había varios libros. Un Antiguo Testamento en hebreo.

Mientras se preparaba la comida y se lavaba, comenzamos a hablar. Quisiera quedarme aquí hasta el fin de mi vida, a no ser que venga algo especial como el comunismo y tenga que irme. Antes de llegar aquí, estuve con sus vecinos, dije. Sí, los A., respondió; ¿sabía Ud., continuó, que el jugador P.A. es hijo de uno de ellos? Cuando yo llegué aquí, ellos vivían cerca de la fuente de agua. Cada vez que iba por agua me ladraban los perros que tienen. No me gustó la compañía, y como el fundo no necesita de ellos y yo necesitaba de silencio y soledad, les dije que se fueran. Se cambiaron de casa, ahí donde están ahora. Me gustaría que se fueran definitivamente. ¿Así que no son muy amigos suyos? pregunté. No, dijo sonriendo. En ese momento se levantó y sacó la olla del fuego: El Hermano X. me dijo que era necesario dejar el arroz diez minutos fuera del fuego antes de comerlo, dijo. Continuó la conversación. Tenía 23 años de vida monástica y un año y medio de eremita aquí. Vine a este país para ser ermitaño. En el monasterio de mi país de origen, había mucho ruido porque estaban reconstruyendo el edificio. Pero no crea que la razón de ser ermitaño ha sido ese ruido. Hace muchos años que quería ser ermitaño. Creo que para mí la vida eremítica es mejor que la vida comunitaria. Creo que soy eremita por naturaleza. De pronto exclamó ¡Está listo el arroz! Me ofreció la olla para que me sirviera en mi plato; saqué y me llamó la atención el buen olor del arroz. ¡Buen olor! dije. Sí, sí, respondió, soy buen cocinero. Yo soy un Pedro de Alcántara; ya es bastante penitencia tener que comer puro arroz casi todos los días, concluyó con toda tranquilidad. Luego echó agua caliente a mi jarrito para el té. Aquí está el azúcar, me dijo pasándome un tarro. Continuamos conversando luego que bendijo la comida. Celebro misa cada día y concelebro cada Domingo en el monasterio ¿Visitas? ¡No! Ud. es el primero este año, el año pasado me visitó un sacerdote español. He pedido a los monjes del monasterio que no hablen de mí a los huéspedes. Pero si Ud. vino demos gracias a Dios. Elegí este lugar porque es muy silencioso y hay agua cerca. Hay mucho trabajo que hacer aquí, y yo lo puedo hacer perfectamente y mejor que un obrero asalariado; ¡Ud. sabe cómo son cuando no tienen a nadie que los vigile! Aquí paso mi vida y hay semanas en que no veo a nadie. Por la mañana trabajo haciendo cercos y por la tarde leo, rezo, contemplo, estudio. Mi Superior viene cada semana a verme y almuerza conmigo. Está una hora aquí. Es cosa de él. Generalmente cuando hace su día de retiro semanal viene aquí para hacer una conferencia espiritual conmigo. Pero últimamente no ha venido desde que regresó de Europa. ¿Si me gustan los animales que andan por aquí? Sí. Creo que un conejo me comía cada noche los desperdicios de mi comida que dejaba afuera de mi casa. Nunca vi el conejo. Pero un día debe haber desaparecido por obra de un cazador, porque no volvió más. Otra vez estaba junto a la fuente de agua cuando de pronto se me acercó un zorro a unos dos metros, pero después huyó. Si tuviera un rifle tendría varios zorros colgando del techo de mi casa. -Hablabla con toda tranquilidad- Pero más que los

animales me gusta la geología y la poesía. El poeta jesuita Gerard Manley Hopkins me gusta más que Gabriela Mistral. He tratado de leer a Neruda, pero mi castellano no me lo permite. He leído "Condorito" pero mejor me ha parecido esta otra revista cómica, y me señaló una que estaba sobre la mesa... es mejor porque el autor revela un gran conocimiento de la psicología del hombre contemporáneo. Pero claro que más que la poesía me interesa la Sagrada Escritura. La estudió tres años en el Instituto Bíblico y un año en el *Angelicum* en Roma. La enseñé cuatro años en el monasterio de mi país de origen, hasta que decidí hacerme ermitaño. Me vine, entonces, a este país, porque mi monasterio había hecho fundación monástica aquí.

Creo que la vida eremítica tiene grandes posibilidades en el Futuro. Creo, también, que, relativamente, hay muchas personas en los monasterios que sienten el deseo de vivir como ermitaños. A veces no se puede orar, pensar y vivir sin tensiones en los monasterios. Cuando uno desea hacerse ermitaño tiene que hacer caso omiso muchas veces de la opinión adversa de algunos hermanos al respecto; en cuanto a mí, creo que están contentos de mi elección ahora. - ¿Ud. me pregunta por las condiciones para ser ermitaño? Bueno. Un gran deseo de vivir con Dios en una intensidad mayor que en la vida ordinaria. Con una oración no sólo implícita sino explícita. Yo diría que se trata de una especialización en la oración. Para esto creo que pueden servir los métodos de oración que tienen las religiones orientales. Y, por supuesto, una vida psicológica muy sana. Mire que el hombre normalmente trabaja y ve los frutos que produce, pero el eremita llega a Dios con las manos vacías. Se trata de una vida de fe y de amor. Respecto a lo que más me atrae del Evangelio, le diré que es el Sermón de la Última Cena de San Juan. Ahí donde Jesús llama amigos a sus discípulos. En seguida, sonriendo, añadió: El Concilio habla de siervos, pero Jesús habla de amigos. En ese instante de la conversación, se agachó y sacó una escobita de un rincón y comenzó a barrer las cenizas del fuego. Es necesario que en la Iglesia haya hombres que aparentemente no hagan nada útil continuó. Hombres que no estén metidos en las empresas que dirige la Iglesia. ¿Ud. me pregunta por la oración! No tengo secretos en la oración, oro como todo cristiano. Eso sí que me gusta mucho el libro "Spiritual Letters" de Dom John Chapman, benedictino inglés. Me parece que la diferencia de mi oración con la de los demás cristianos es que objetivamente doy más tiempo a la oración, aunque subjetivamente un cristiano en el mundo puede rezar igual que yo. -¿Los cambios en la Iglesia? La vida eremítica está al margen de los cambios en la Iglesia. Es esencialmente la misma que en la Edad Media o en sus comienzos. Tengo revistas que me informan de lo que pasa en la Iglesia y en el mundo. Hay un gran cambio y mucha gente confusa. Yo rezo para que la gente tenga luz en medio de los problemas actuales. Ahora bien, considero necesario para todo cristiano conocer lo que pasa en la Iglesia y en el mundo; igualmente necesario lo considero para el ermitaño, aunque no creo que sea preciso que este se dedique a buscar las soluciones a los problemas. En mi oración tengo muy presente a los sacerdotes, porque conozco los problemas del sacerdocio actual y además he conocido de cerca algunos casos difíciles. Es cierto que hay una tradición en la Iglesia que considera la vida monástica como la vida angélica, pero hoy me parece necesario que los monjes conozcan estos problemas. En cuanto a lo más importante en la renovación de la vida religiosa, me parece que es reencontrar el espíritu evangélico que animó al fundador y ése espíritu adaptarlo al siglo XX... ¡claro que esto es un poco vago! Creo que la vida eremítica tiene la posibilidad de unirse a Dios casi a la manera de los ángeles, sin los ruidos de los monasterios y sus distracciones. Al decir esto, se levantó, tomó un matamoscas rudimentario que tenía un trozo de goma amarrado en la punta, fabricación casera por supuesto, y mató unas moscas que había en el vidrio. Quizás por dónde entraban, ya que la puerta y la ventana estaban cerradas. Al sentarse nuevamente me dijo: Las moscas son los únicos animales que me distraen.

Yo, creí llegado el momento de terminar la visita y se lo dije. Entonces me pidió perdón por si no había podido decir más cosas. Perdone, también, si no he dicho grandes cosas, añadió. Y terminando de disculparse me dijo, siempre con suavidad: Hay otros ermitaños más inteligentes, como el padre X, y el padre Z., que pueden decir cosas más profundas que yo.

Abrió la puerta de la ermita, tomó la olla y salimos afuera. A los pocos metros se agachó y comenzó a limpiarla con agua y ceniza. ¡En Primavera este lugar es muy bonito! Está todo

verde y llegan hasta aquí las vacas preñadas. Cada día aparecen nuevos terneros que van pariendo las vacas. Al despedirme de él me dice que rezará por mí y me pide oraciones por, él. Me dio la espalda y regresó tranquilamente a su ermita, como si nada hubiera pasado. Empecé el regreso. Eran las 3 de la tarde. Las nubes habían pasado de largo. El sol llenaba todo nuevamente.

Mientras caminaba comencé a reflexionar. Evidentemente era un hombre muy sencillo, que amaba y gustaba de la vida; un hombre normal; ni tímido ni extrovertido; que amaba y buscaba la soledad. No era un pensador, no era una luz intelectual, pero era un hombre que oraba y un hombre de gran sentido común y discreción; me vino a la memoria esa frase que me había dicho: Yo no tengo soluciones para los problemas actuales, tampoco estoy lo suficientemente bien informado como para emitir una respuesta categórica sobre problemas como la guerra del Vietnam, la *Humanae Vitae*, etc. ¿Entre los suyos tienen una opinión precisa sobre la *Humanae Vitae*? me preguntó. Para emitir un juicio hay que informarse primero. Yo, conozco los problemas, pero ante ellos prefiero rezar.

Su modo sencillo de hablar no recordaba el fuego carismático de los profetas del Antiguo Testamento o el que uno se imagina que ha podido existir en algunos grandes santos de la historia. No, nada de eso. Me había encontrado con un hombre en que lo espectacular ni se vislumbraba. Con un hombre de carne y hueso, con limitaciones igual que todo hombre. Con un hombre a quien el Espíritu había llevado a la soledad a vivir tranquilamente con Dios orando por sus hermanos los hombres. La vida de fe y amor en él era una vida sencilla. Para penetrar en su vida, en la vida del Espíritu de Jesús, había que hacerlo en la fe y en el amor.

Un peregrino (1969)